



¿De qué está hecho el pensamiento creador?

Las primeras cartas de Freud (en especial las dirigidas a Fliess) dejan entrever las crisis por las que debió atravesar; crisis en los aspectos técnicos de la terapéutica, en la conceptualización de una experiencia, crisis personal finalmente.' La interacción de estas crisis está en la base de su pensamiento creador y del descubrimiento del psicoanálisis, por lo que intentaremos seguir los pasos que llevaron a 4 descubrimiento.

Es bien sabido que durante largos años Fliess es el único confidente de Freud (que espera solucionar los interrogantes que le plantea sexualidad, gracias a las investigaciones de aquél sobre la periodicidad). Desde el primer momento Freud hace explícito lo que espera Fliess (carta 13): «Espero que tengas a bien explicarme tu enfoque mecanismo fisiológico que opera en las situaciones clínicas que observado; deseo tener el derecho de presentarte todas mis teorías todos mis hallazgos respecto de las neurosis; te considero el Mes encargado de solucionar, gracias a nuevos conocimientos técnicos problema que planteo».

Aislado en su investigación, Freud necesita compartirla. «Tengo sensación -expresa en la carta 18- de encontrarme frente a uno de grandes secretos de la naturaleza.» Ese «secreto» que Freud necesita comunicar a alguien tiene que ver con sus hipótesis acerca del lugar que ocupa en el origen de una neurosis el «daño sexual» sufrido (1) el sujeto. Cada cuestionamiento de Freud sobre la participación de sexualidad en la etiología de las neurosis se acompaña de una cuota edípica de la que sólo a posteriori toma conciencia. Sin embargo, conoce que en cada descubrimiento hay una parte «irracional» que obstaculiza su comunicación. Da a entender que si el observador está involucrado «de manera irracional» en la observación, no podrá descubrir en el otro lo que primero debe aprender a reconocer en sí mismo. La idea de que el terapeuta necesita pasar por una etapa previa como paciente para después convertirse en terapeuta, está por lo tanto en la base del pensamiento freudiano y de su apasionada búsqueda de la verdad (la verdad que quiere compartir con Fliess, de quien por otra parte espera un conocimiento que él mismo no posee).

Para Freud, es imprescindible crear una posición terapéutica totalmente diferente de la habitual en su tiempo, por penosa que sea para el médico que la adopte. La psicología -escribe entonces- actúa como un tirano que no da descanso a sus «súbditos».

Durante largo tiempo, sin embargo, lo acaparan las ideas de Fliess sobre la periodicidad.' Estas hipótesis (al igual que el concepto de repetición creado más tarde por Freud) giran alrededor de la idea de la muerte. La de Freud había sido prevista por Fliess para 1907, al menos así lo cree aquél, que además tiene la impresión de que Fliess le oculta la verdad respecto de su enfermedad. Somatiza cada vez más, hasta que llega el día en que se reconoce histérico,' lo cual le permite plantear de manera diferente su relación con la enfermedad.

Pero antes, en un intento de resistirse a las predicciones de Fliess, comienza a escribir el «Proyecto de una psicología para neurólogos», que envía a aquél. Su propósito es crear una especie de robot, una «máquina pensante» cuyos mecanismos de funcionamiento explica en función del principio de constancia. (4) Freud trata de elaborar una teoría psicológica en lenguaje neurológico. Algunas de estas ideas reaparecerán en La



interpretación de los sueños, pero despojadas de toda connotación neurológica. **(5)** Freud necesita crear un modelo ficticio que funcione como una máquina. **(6)** Un mes más tarde, abandona todo y declara (carta del 29 de noviembre de 1895): «Ya no logro comprender en qué estado de ánimo me encontraba cuando concebí la psicología; no puedo explicarme cómo pude infligirte tales ideas».

Es de hacer notar que las elaboraciones del «Proyecto» aparecen en un momento de resistencia en las relaciones de Freud con Fliess. Resistencia en la transferencia que Freud deja entrever, pero que todavía no reconoce. Cuando dos años más tarde esa resistencia se hace más consciente, Freud se siente eufórico (12 de junio de 1897). Sin embargo, las ideas surgen pero no permanecen, el trabajo se hace imposible. Le falta «inspiración», la creación cesa (16 de mayo de 1897)

Las modificaciones teóricas

Entre 1904 y 1918, Freud retorna y profundiza el tema de la resistencia. Necesitó algún tiempo para sobreponerse a las crisis personales que había atravesado: su transferencia con Fliess, la muerte de su padre (23 de octubre de 1896), el descubrimiento del Edipo (15 de octubre de 1897) y la presunta fecha de su propia muerte (1907).

Freud descubre la resistencia, en primer lugar, como obstáculo a la comunicación, cuando siente la necesidad de escribir a Fliess pero las ideas ya no fluyen. El mismo problema aparece con sus pacientes, que aunque bien dispuestos hacia él hasta entonces, de pronto no comprenden lo que les dice (o, más precisamente, entienden las interpretaciones en un plano intelectual, pero las aíslan de toda instancia emocional). Toma conciencia entonces de que la aparición de la resistencia es inevitable en un tratamiento y en ella reside el secreto de la neurosis. Las ideas latentes en el descubrimiento freudiano en aquella época serán retomadas veinte años después en Psicología de las masas y análisis del yo. Así, el contenido de los escritos posteriores de Freud, en particular «Análisis terminable e interminable», en ciertos aspectos ya se insinúa a partir de 1904.

Gracias a sus pacientes, Freud empieza por advertir que el analista mismo obstaculiza el tratamiento y que el primer efecto de la regla fundamental es hacer enmudecer al sujeto «La interpretación activa las resistencias latentes y muy pronto se hace imposible ver cosa alguna» (de ahí la inconveniencia de que el analista intervenga de manera prematura). La situación analítica misma induce la aparición de la resistencia -como síntoma- como una estructura. Descifrar lo que ahí ocurre es acceder a la dimensión del inconsciente. Después de analizar sus fracasos en la época en que pretendía evitar la resistencia, Freud nota cierta analogía entre la idea de resistencia y la de represión.

De nada sirve -dice Freud- tratar de evitar el obstáculo que es la resistencia, ya que son las fuerzas de la



represión las que están operando. Abandona entonces el enfoque topológico para adoptar el dinámico e induce al paciente a ver su enfermedad como un adversario digno de él reconociendo al mismo tiempo en la resistencia una valiosa fuente de información. El análisis de las resistencias, según Freud, examina «las fuerzas antagónicas» presentes en la represión y arroja cierta luz sobre la posición del sujeto (qué trata de decir el paciente a través del síntoma y a quién dirige su discurso). En este momento del desarrollo del pensamiento freudiano, la idea de resistencia se sitúa en el campo de la clínica (Freud manifiesta su estima por el paciente que se resiste), pero todavía no es objeto de una verdadera formulación teórica.

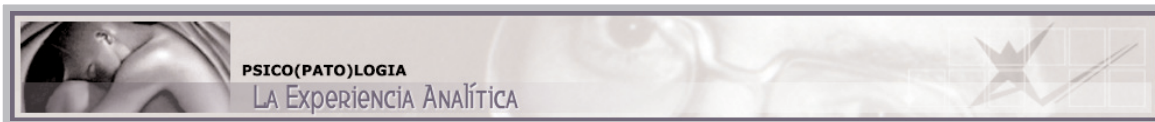
Freud no dice aún que la resistencia es el yo (moi), sino que la resistencia es la transferencia, y aconseja por lo tanto **(10)** no enfocar el problema de la transferencia mientras ésta no se haya convertido en resistencia, indicando claramente que el amor, al igual que la transferencia negativa, se puede transformar en resistencia y retardar la finalización del análisis.

Pero si bien Freud hace sus descubrimientos en el campo de la clínica, necesita de «las especulaciones» metapsicológicas" para forjar sus instrumentos teóricos: «Casi me atrevería a decir que sin la fantasía de la metapsicología, no avanzaríamos un solo paso más». Construye entonces una teoría para dar cuenta del concepto de que la transferencia es la resistencia, donde la transferencia aparece como efecto secundario de las resistencias primarias.

En sus reconstrucciones metapsicológicas (1915), Freud estudia la relación entre resistencia y represión y concibe aquélla como una especie de válvula de la represión. Pero después de haber enunciado que la transferencia es la resistencia, en otro momento da a entender que la resistencia es el padre.

El enfoque dinámico da paso después a un enfoque estructural. En 1918, **(12)** Freud habla del psiquismo fragmentado del neurótico, figurado por las resistencias. Se insinúa ya su idea de que eliminando las resistencias, se crean las condiciones para la síntesis de un yo (moi) virtual, al que se agregan fragmentos del ello (idea que, según recuerda Octave Mannoni, será retomada más tarde por Balint en el concepto de «núcleo yoico»).

Hasta aquí el aspecto clínico de las diferentes posiciones teóricas de Freud, desde el comienzo (a partir de 1894). Sin embargo, las diversas modalidades en que las desarrolla serán recibidas de diferentes maneras por sus discípulos, tropezando así con incomprendiones y resistencias. En un artículo inconcluso sobre la escisión del yo," publicado después de su muerte, alude a las dificultades que enfrentó, que son las mismas que enfrenta el análisis; tienen que ver con la falta de libertad interior que opera como una resistencia en la conciencia de cada sujeto. Estas ideas, en germen en 1894, aparecen como nuevas en 1938: «Me encuentro hoy -escribe Freud- en la interesante situación de no saber si lo que tengo que decir va de suyo y es conocido desde mucho tiempo atrás, o si por el contrario se trata de algo enteramente nuevo y desconcertante».



La manera en que Freud emprende su investigación está signada por un estilo. Su trabajo con el paciente está inserto en una búsqueda de la verdad del sujeto, **(14)** siguiendo el mismo camino que antes adoptó para sí mismo. Su efecto se hace notar no sólo en el tipo de vínculos establecidos con los pacientes, sino también en sus formulaciones teóricas sobre la singularidad de la experiencia analítica, que de hecho aparece, bajo una forma enmascarada, como una experiencia humana.

La experiencia humana que la aventura analítica restituye se forma, según Freud, a partir de la idea de reencuentro y recuperación del pasado (que en tiempos de Breuer, Freud hace aparecer bajo la forma de una reconstrucción). Pero es posible que el sujeto se defiende contra la restitución del pasado inducida por el análisis... De ahí la insistencia de Freud en no apresurar el trabajo interpretativo. En efecto, que una interpretación logre conmover al sujeto no basta para afirmar que sea legítima. La interpretación-shock (como lo destacará Lacan en 1954) puede inducir en el sujeto la vivencia de la unidad de su yo (moi), es decir puede sacarlo de un estado de confusión, pero activando al mismo tiempo otras defensas. Por esta razón es necesario que el analista evite interpretar sistemáticamente las defensas del sujeto, como lo hacen tantos postfreudianos, ya que tal actitud hace que el análisis se acerque peligrosamente a una relación de ego a ego, con el consiguiente efecto persecutorio que refuerza las resistencias del sujeto.

En La interpretación de los sueños, **(15)** Freud habla de «todo lo que puede destruir, suspender o alterar la continuación del trabajo», y agrega: «Todo lo que suspende o destruye la continuación del trabajo es una resistencia». Se trata, en el caso del análisis de los sueños, de aquello que puede surgir como «revelación del inconsciente». Si esta «revelación» es forzada, se cierra el acceso al inconsciente. El sujeto se defiende. Alrededor de 1916, Freud concibe la resistencia en el campo consciente, pero señala el vínculo que esta resistencia introduce con componentes del pasado originalmente reprimidos. Sus investigaciones sobre el trauma, sólidamente fundadas en la clínica, le demuestran que el aspecto fantasmático del trauma es más importante que la realidad del hecho pasado. Sin embargo, es útil para el análisis que ese hecho pueda ser ubicado en el tiempo. En «El hombre de los lobos», **(16)** artículo escrito entre 1914 y 1916 para refutar a Jung, el propósito no es tanto verificar si el paciente presenció en efecto la escena primaria real, sino fundamentalmente precisar la fecha de esta escena en el contexto de una historia. En función de esa fecha, el paciente reconocerá la aparición de un trastorno en determinado momento de su historia y no en otro. El hecho pasado, gracias al análisis, debe llegar a ser reconocido en el presente, constituyéndose en eje alrededor del cual se puede introducir cierto orden en un análisis que es síntesis del pasado. De esta historia el analista debe dar fe.

Esto, sin embargo, no basta. Freud recuerda, por ejemplo, el caso de una paciente a quien la madre le había comunicado, a título de información, la historia de su enfermedad. Freud relató a la paciente los datos proporcionados por la madre, diciéndole: «Esto es lo que ocurrió, lo que le hicieron a usted». Pero cada vez que le transmitía esta información, la paciente reaccionaba de la misma manera, repitiendo su síntoma (el



ataque de histeria). ¿Se trataba de una resistencia?

Hacia el final de *La histeria*, en un pasaje referente a la hipnosis, Freud postula la resistencia como la inflexión que adquiere el discurso a medida que se aproxima al núcleo patógeno. En el estado hipnótico el paciente emite un discurso (dirigido a alguien). Cuando sale de la hipnosis, ese discurso se ha desvanecido; el paciente ya no lo recuerda. Pero el hecho en sí de revivir el trauma ha tenido un efecto terapéutico. ¿Cómo, por la vía de un discurso restituído, el paciente asume su vivencia, su historia? No es que el análisis le revele al sujeto una verdad objetiva, sino que, como Freud lo comprueba de manera irrefutable en la práctica analítica, gracias al análisis el sujeto encuentra su lugar y hace de una verdad mítica (más que objetiva) algo que puede reasumir en nombre propio, convirtiéndose así en sujeto de un discurso del que hasta entonces era objeto (abandonando por lo tanto el síntoma y el discurso referido a él, para transformarse en el YO (JE) de una historia, signado por una verdad que reconoce como suya).

La resistencia (las cartas a Fliess son elocuentes al respecto) emana de lo que ha de ser revelado, **(18)** en otras palabras, de lo reprimido (término que en las primeras traducciones aparece como sofocado).

Entre las diferentes formulaciones con que Freud desarrolló el concepto de resistencia, ésta aparece en determinado momento como emanando del discurso mismo del paciente. **(19)** La experiencia muestra, según Freud, que en el discurso surge la transferencia y que ésta sirve a la resistencia. Por ejemplo, cuando el paciente está a punto de decir algo auténtico, toma conciencia de la presencia del analista y se detiene. Se produce entonces como un giro en el discurso del sujeto. De pronto el testimonio se hace imposible, la palabra no expresa nada. En este movimiento reside la resistencia. Esta aparece en una cierta relación con la transferencia, es decir en la actualización de un elemento ligado con la persona del analista, con algo ya constituido pero que no se reconoce de manera explícita. Este primer núcleo de lo reprimido, según Freud, pone en acción inmediatamente a todas las represiones. Freud agrega que a partir de unos pocos elementos residuales es posible descubrir los pensamientos que estaban en la base misma del sueño. En este sentido es lícito hablar de deseo. ¿Pero deseo de qué? Lacan retoma esta cuestión para recordar que la experiencia introducida por Freud es «una nueva manera de escuchar al paciente». En efecto, en el dominio de la experiencia analítica prevalecen los efectos del lenguaje y a ellos debe estar atento el analista.

¿Qué ocurre, en el nivel de las diferentes transposiciones dialécticas, en el curso del análisis de un sujeto?
¿Qué ocurre con el discurso en un momento en que el sujeto o bien toma al analista por testigo, intenta seducirlo o rechazarlo, o se ve imposibilitado de hablar porque su palabra ha quedado totalmente encerrada en la situación transferencial? El sujeto se extravía; la palabra gira, pero ya no lleva en ella una búsqueda (o una reconquista) de la verdad. Entonces la resistencia reside en el síntoma del yo (moi). Para Lacan, la resistencia se constituye en el sistema del yo (moi) y del otro, en un momento en que el sujeto no tiene posibilidad de llevar a cabo lo que se podría denominar la asunción (la realización) de una verdad.

El analista debe mantenerse siempre más allá del discurso corriente del sujeto (un más allá hecho con las proyecciones del propio analista, que aparecen en un momento en que el sujeto se ha realizado, a menos que constituyan un factor de bloqueo). Cuando el sujeto reduce al otro a la función de su propio yo (moi), la mediación se hace imposible y prevalece la violencia implícita de la palabra.

«Es imposible (carta 145 a Fliess) dejar de reconocer que nos hemos distanciado uno de otro; infinidad de pequeñas cosas me lo demuestran... Tú llegas a los límites de tu perspicacia. Tomas partido en mi contradiciendo "el que lee el pensamiento de otros sólo encuentra sus propios pensamientos", lo cual quita todo valor a mis investigaciones... Si es así, no leas mi PSICOPATOLOGÍA y arrójala al canasto. Hay en ese libro muchas cosas que te conciernen.» Más adelante Freud agrega que la resistencia de Fliess le impide comprenderlo. Por otra parte, Freud habla de la degradación que sufre la palabra cuando ya no es posible encontrar apoyo en el otro. «Cuando no me siento bien dispuesto ni soy dueño de mí mismo, cada uno de mis pacientes se convierte para mí en un espíritu maléfico» (carta 130).

Después de haberse apoyado en Fliess, hasta el punto de enajenarse en la admiración que siente por él, Freud emprende un trabajo de distanciamiento y de duelo, sin intentar obtener ningún tipo de reconocimiento por su trabajo por parte de aquél. Cada vez que Freud se aproxima a una verdad, la angustia se apodera de él; no puede escribir ni trabajar; no puede siquiera escuchar a sus pacientes. En las cartas en que trata de despertar el interés de Fliess, cuanto más idealiza a su amigo, más se siente él mismo un gran hombre. Cuando la experiencia analítica se hace exaltante, aparece inmediatamente la función de negación del yo. Pero a partir del análisis de los sueños, Freud descubre la importancia que adquieren en el discurso las «lagunas» y los olvidos; descubre asimismo que la transferencia reside en los rastros oníricos, en los residuos del sueño. En Psicopatología de la vida cotidiana, habla de la influencia de lo no dicho en la historia del sujeto; se interesa en la palabra rechazada por el sujeto y su valor en las equivocaciones orales. Por último, al estudiar los olvidos (de nombres), se pregunta qué ocurre, en el nivel de la resistencia, como polarización entre el yo (ego) y la palabra. **(20)**

¿Es lícito entonces decir, como lo hace Fenichel, que las palabras adquieren sentido para el sujeto por mediación del yo (ego)?

En 1925 Freud escribe un artículo capital sobre la negación. **(21)** Muestra que cuando una imagen surgida en un sueño suscita en el sujeto un comentario del tipo «ésta no es mi madre», se está en presencia de una confesión: se trata sin duda de la madre del sujeto. El significante no **(22)** hace aparecer entonces un mecanismo que no es ni represión ni rechazo. En efecto, la negación permite que se forme un juicio y no sólo hace posible que surja la palabra, sino que además engendra inteligencia. Para Freud, no existe un «no» a partir del inconsciente, y si el yo (moi) reconoce a éste, lo hace a través de la negación.**(23)** Por lo tanto, en el nivel consciente es posible detener al inconsciente, rechazándolo.



En su artículo sobre el «Fetichismo», **(24)** Freud vuelve sobre los efectos de una creencia repudiada. Se refiere a la creencia en el falo materno, que se conserva en secreto, relegada en las sombras. Hacia el final de su vida, Freud retomará el problema de la escisión del yo, ilustrándolo con el sujeto que al mismo tiempo que reconoce la muerte de alguien, se comporta como si la persona en cuestión todavía viviera.

En 1923 Freud elabora una nueva Tópica, diferente de la del La interpretación de los sueños. En esta obra, el yo (moi) no aparece como árbitro sino como asiento de los conflictos (con el ello y el superyó). Pero 1923 es también el año en que Freud descubre que sufre de cáncer. Se somete a una cantidad de operaciones y finalmente decide no hacer caso de precauciones inútiles. Vuelve a fumar y se interesa en asuntos culturales, reanudando así las pasiones de su adolescencia.

Todas las construcciones teóricas de Freud emanan de algún drama personal que está viviendo o que ocurre contemporáneamente. Por ejemplo, llega a comprender la resistencia de los pacientes sólo después de haber examinado sus propias resistencias (ligadas con sus autoimágenes ideales). Así también reconoce sus propios aspectos femeninos e infantiles. Cuando comienza a trabajar sobre el inconsciente, comprende que los incidentes de su pasado están presentes en su investigación. Concluye entonces en que el analista sólo puede llevar a cabo un tratamiento si es capaz de estar atento a los elementos conflictivos que persisten en él. El propósito de Freud al poner por escrito un caso clínico es siempre ilustrar una teoría. Esto no deja de plantear problemas, ya que el caso en cuestión está destinado a probar el acierto de determinadas construcciones teóricas. Vale la pena recordar que Freud se convirtió en terapeuta por necesidad. Su ideal fue siempre el de un hombre de ciencia apasionado por los descubrimientos del psicoanálisis. Fueron las inquisiciones intelectuales que pudo formular gracias al contacto con los pacientes las que le hicieron más llevadera la tarea terapéutica. Pero, a la vez, los pacientes mismos compartieron su fervor por la búsqueda y el descubrimiento. Esto sin duda influye en el devenir de un tratamiento.

Los pacientes

Los primeros casos de psicoterapia de Freud (1893-1895) **(25)** coinciden con su propio análisis con Fliess. Emmy de **(26)** es su primera paciente. Se trata de una viuda de cuarenta años que desde la muerte de su marido, ocurrida catorce años antes, sufre de tics y «delirios histéricos». Cada dos o tres minutos exclama: «¡Cállese, no se mueva, no me toque!». Aun en estado hipnótico insiste en que la dejen hablar, que no se la interrogue más sobre el origen de tal o cual trastorno. La técnica de asociación libre, impuesta por la propia paciente, le permite hablar de sus frustraciones sexuales y del odio familiar.

En 1895 **(27)** Freud inventa el psicoanálisis, en el momento mismo en que su relación con Fliess se cristaliza en torno de Irma (Emma). Pero a continuación Dora le proporciona material para estudiar la relación entre el

sueño y la transferencia (como lo testimonian las cartas 139 y 140 a Fliess). «La vida -le escribe Freud- me ha brindado un nuevo caso, el de una joven de dieciocho años. Es un caso que se encuadra a la perfección en mi colección de llaves maestras.» Las primeras pacientes de Freud son a menudo adolescentes como Dora (1905); más tarde llega «un caso de homosexualidad femenina» (1920) **(28)** Las adolescentes le sirven sobre todo para verificar sus hipótesis teóricas. La mayoría de las veces Freud fracasa en el tratamiento de estas pacientes (con excepción de Catalina, con quien no realizó un análisis). No toma demasiado en cuenta los problemas específicos de idealización, intransigencia, ambivalencia, labilidad identificatoria y rebeldía, propios de la adolescencia. A menudo formula sus interpretaciones con un tono de autoridad que da a las pacientes la impresión de estar viviendo un enfrentamiento con sus padres. En la transferencia refuerza la imagen paterna, sin advertir el bloqueo que esto produce en el análisis. La rebeldía de las adolescentes choca entonces con un punto ciego de Freud, que tiene que ver con la ambivalencia de su propia relación con el padre. Esto lo lleva a sentirse rechazado (como en el caso Dora), o bien a interrumpir el tratamiento (como en el «caso de homosexualidad femenina») cuando la joven manifiesta abiertamente su odio por el padre. Más adelante volveremos sobre las dificultades transferenciales del propio Freud, para ver cómo él mismo contribuía a bloquear situaciones en las que intervenía (a la vez) como observador y como actor. En 1899 (fecha real del tratamiento de Dora), aún no había elaborado el concepto de proyección. Por otra parte, las proyecciones del analista son parte del campo transferencial donde se forma con el paciente una estructura común.

En la época de La histeria, **(29)** Freud veía en la transferencia (como desplazamiento y repetición) un obstáculo para el análisis. Pero como lo señala en 1922 **(30)** al referirse nuevamente a la hipnosis, si bien el éxito de un tratamiento depende de la relación médico-paciente, en particular cuando aquél recurre a la sugestión, los síntomas reaparecen tan pronto como algo que perturba esa relación como si nunca antes hubieran sido resueltos. Sólo cuando Freud abandona la hipnosis, se hace posible esclarecer el problema de la transferencia, gracias al análisis de los sueños. Descubre entonces cierta semejanza entre la dinámica que determina la formación del sueño y la que rige la formación de los síntomas. **(31)** En ambos casos hay una lucha entre dos fuerzas opuestas, que termina en una especie de transacción. Según Freud, si el sueño en sí no es un fenómeno patógeno, los mecanismos mentales que causan la enfermedad están presentes también en toda persona considerada «normal». Freud trata de dilucidar entonces el vínculo que une al sujeto con su propio universo, privilegiando ante todo la relación con los símbolos o significantes, como se los denomina hoy siguiendo a Lacan. Así, en el análisis de los sueños, Freud presta especial atención a lo que ocurre en el sujeto más allá de cualquier relación interpersonal. Más adelante estudia los fenómenos transferenciales **(32)** y los ubica (en sus aspectos tanto positivos como negativos) en la categoría de resistencia. Los concibe también como desplazamiento (como ya lo había hecho en La histeria), si bien se trata ahora de desplazamiento de las representaciones en el campo del deseo inconsciente. **(33)**

Una vez que ha renunciado a la hipnosis, Freud se esfuerza por diferenciar netamente al psicoanálisis de



cualquier tratamiento por sugestión. **(34)** La finalidad primordial del análisis ya no puede ser la eliminación del síntoma, como ocurría con la hipnosis. En el análisis, la cura es un logro secundario, los elementos en juego son otros. En 1922, Freud llega a considerar que cierto grado de resistencia es beneficioso para el tratamiento, ya que evita los efectos de la sugestión en la relación analista-paciente. Según Freud, el analista, contrariamente al hipnotizador, debe abandonar toda actitud de poder.

No obstante, Freud adopta esta actitud de autoridad, aun en perjuicio propio, con las adolescentes. Así ocurre en especial con Dora, en cuyo caso la labor analítica se ve comprometida desde un principio, porque Freud acepta tomar en análisis a la paciente a pedido del padre de ésta («vuelva a la cordura a mi hija», en otras palabras, «haga que cierre los ojos a mi amorío»), sin cuestionar en ningún momento esta circunstancia. De ahí en más, Dora ve en Freud a un cómplice del padre y permanece insensible a sus interpretaciones, que son para ella una verdad-mentira de adulto, de un seductor en potencia.

En aquel tiempo Freud busca señales de la transferencia en los sueños, bajo la forma de desplazamiento o de resistencia. Sin embargo, sólo después de interrumpido el tratamiento de Dora, comprende que ya el primer sueño de la paciente contenía indicaciones de esta ruptura. Los elementos transferenciales presentes en el sueño habían pasado inadvertidos para él. Freud explica a posteriori que esas indicaciones están representadas no tanto por el desplazamiento o los incidentes de una relación interpersonal, como por la manera en que el sujeto, aun antes de entrar en análisis, se presenta en un fantasma. En este caso, se trata de un escenario preestablecido, con roles a distribuir y una puerta por la que inevitablemente iba a salir Dora si el escenario impuesto permanecía inmodificado. En efecto, lo que ocurría con Dora desde mucho tiempo atrás era que el silencio falaz de los adultos no le dejaba más alternativa que la exoactuación.

En el análisis también se abre un escenario cuyo decorado está a veces preestablecido. Freud lo comprende a expensas suyas con Dora. Esta lo ubica en la posición de analista (de padre), alimentando en Freud la ilusión de que su palabra ejerza algún efecto. Pero le quita ese poder (de interpretar) y por sí sola programa anticipadamente la ruptura. Identificándolo con el padre, Dora plantea el problema de su rivalidad respecto de otra mujer. El fracaso de Freud se debió a que no supo comprender a tiempo el lugar que ocupaba en la transferencia. «No sé qué tipo de ayuda esperaba de mí», **(36)** dirá más tarde. Se sabe que veinte años después, el médico que atendía a Dora la envió a Félix Deutsch **(37)** (por los mismos síntomas que tenía cuando la trató Freud). Cuando Dora se dio cuenta de que Deutsch era analista y conocía el trabajo de Freud, le reveló su identidad, su infancia desdichada y su historia con Freud. Todos los síntomas desaparecieron después de la segunda visita. Pero se sabe también (por una confidencia del hermano de Dora a Deutsch) que su conducta ulterior mantuvo en ascuas durante veinte años a todos los que la rodeaban, al punto que su muerte fue un alivio para el hermano.

Durante las dos décadas que siguieron al tratamiento de Dora, no faltaron conmociones en la vida de Freud,



sobre todo en ocasión de las rupturas con Fliess (entre 1901 y 1902) y con Jung (a partir de 1912). Después de publicar el caso Schreber, Freud se dedica a estudios semiautobiográficos como *La Gradiva* (1907) (38) que lo ayudan a superar su fobia a los viajes. En una carta a Ferenczi (del 5 de octubre de 1910) (39) habla de las dificultades y la naturaleza del trabajo que ha emprendido sobre sí mismo: «Usted no sólo ha observado, sino también comprendido que ya no siento la necesidad de revelar por completo mi personalidad, hecho que usted atribuye acertadamente a una razón traumática. Desde el asunto Fliess, que como usted sabe debí liquidar recientemente, esa necesidad ya no existe para mí. Ha desaparecido una parte de la carga homosexual, lo cual me ha servido para ampliar mi propio yo. He triunfado donde la paranoia fracasa». En otras palabras, Freud, a diferencia de Schreber, había logrado sublimar.

Cuando en 1911 Freud toma en consideración la realidad, lo hace para dar más importancia al fantasma. (40) «No debemos subestimar la importancia de las fantasías en la formación de los síntomas... -escribe-. La moneda del neurótico es la fantasía.» Finalmente, Freud sitúa la realidad en la prehistoria del sujeto. Aparece aquí un doble rumbo aparentemente contradictorio, pero que sigue las mismas dificultades que surgen en la práctica.

Si en *Tótem y tabú* (1912-1913) Freud basa la culpa en la existencia de un hecho real (el asesinato del padre primitivo, devorado por los hijos), haciendo surgir así como en un sueño la imagen culpógena de aquel «que no sabía que su padre había muerto» (según el deseo del soñante), en «Los dos principios del suceder psíquico» (1911), la culpa parece tener su origen en el fantasma. El problema que Freud intenta plantear es qué sucede con la culpa cuando en la realidad no se ha cometido ningún crimen. Define entonces un campo que no está ni en la realidad ni en el inconsciente, sino que pertenece al mundo de la fantasía. Desde esta perspectiva, la fantasía constituye la «realidad» del sujeto, la trama de lo que llamamos su «vivencia». Para poder analizar esa «vivencia», es necesario tomar en cuenta los deseos inconscientes que están en la base del sentimiento de culpa (como lo muestra con particular claridad el análisis de los pacientes obsesivos).

Nos detendremos ahora en un artículo que Freud escribió en 1920 sobre «Un caso de homosexualidad femenina». (41) En este caso (como en el de *Dora*), Freud no advierte que está en presencia de una adolescente que plantea el problema de su feminidad a través de las otras mujeres. En un primer período, esta joven (al igual que todas las niñas pequeñas) había soñado con tener un hijo del padre, mientras que en un segundo período desarrolla una homosexualidad reactiva, fundada en su identificación con el padre. El resentimiento contra éste es evidente. Sin embargo, las interpretaciones de Freud no tienen en cuenta el juego identificatorio ni la manera en que la joven convierte al padre en testigo privilegiado de su «homosexualidad» (incluyendo la tentativa de suicidio en la que se manifiesta el anhelo de tener un hijo del padre). Cuando padre e hija ya nada se pueden decir, aquél envía a la joven a Freud. Así, el tratamiento se inicia en un contexto en el cual todos los adultos parecen cómplices. Le exigen que sea heterosexual, pero en ningún momento se toma en cuenta el drama existencial que la joven intenta plantear. La posición del propio Freud respecto del complejo

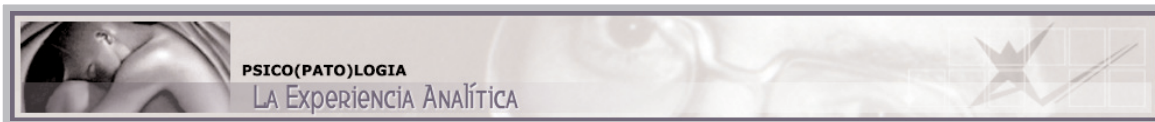


de Edipo sigue siendo a pesar de todo convencional: los varones aman a las niñas, y las niñas a los varones. Y así lo reflejan sus interpretaciones.

No obstante, en el comienzo de los Tres ensayos (1905), Freud se había referido a las «aberraciones sexuales», describiendo la normalidad como «ficción ideal» y absteniéndose de cualquier distinción cualitativa entre lo normal y lo anormal. Oponía la pulsión al instinto animal que se sacia con el objeto, **(42)** evitando claramente las ideas normativas sobre la sexualidad (si bien éstas aparecen en los historiales clínicos de la misma época). **(43)** Por otra parte, en el plano teórico, Freud mostró que tanto en el mito de Edipo como en el mito del origen (asesinato del padre), entra en juego la relación del hombre con el símbolo (o significante). Pero al tratar adolescentes irreverentes, parece perder de vista sus formulaciones teóricas. Se presenta ante sus jóvenes pacientes como un sustituto paterno, sin reconocer una serie de mecanismos de defensa propios de la adolescencia. Permanece sordo a una forma de ambivalencia derivada del narcisismo, el idealismo y una intransigencia moral a toda prueba... Autoritario en sus intervenciones, las adolescentes lo ven como un adulto en connivencia con sus padres. En el espacio analítico, por lo tanto, falta una dimensión. La contratransferencia de Freud, ligada con las defensas de provocación de las pacientes, no tarda en inmovilizar todo. La situación de ambigüedad propia de la relación analítica desaparece en favor de una realidad: Freud se convierte en perseguidor, encarna a los padres y en lugar de llenar el vacío de una identificación posible, se adhiere a una posición de autoridad. En consecuencia, todo el proceso analítico queda bloqueado. Participando junto con la adolescente de un drama común (la experiencia analítica), no libera de ese drama a la paciente ni se libera él mismo. El punto ciego de Freud (relacionado con sus propios aspectos femeninos) induce una especie de cristalización de las defensas y las resistencias del paciente. Se siente reducido a la impotencia y la situación se inmoviliza hasta tal punto que teme una exoactuación por parte del paciente, es decir que éste lleve a la acción una pulsión autodestructiva o de venganza. Entonces él mismo pone fin al tratamiento porque ha dejado de creer en el discurso falaz que se desarrolla, olvidando que la verdad se oculta precisamente en la mentira.

Sin duda, Freud se siente más cómodo con un paciente obsesivo como el Hombre de las ratas. En casos de este tipo no se siente amenazado por el peligro de una exoactuación y puede tratar la neurosis del paciente como un sueño. La transferencia aparece entonces en la escena del sueño, o más precisamente, el «campo de juego» transferencial se mantiene dentro de los estrictos límites del encuadre analítico. No se produce ningún desborde y Freud, sintiéndose seguro, puede descifrar tranquilamente las frases «en dialecto» que emergen en el estado de vigilia, y analizar las compulsiones en su estado original.

No ocurre lo mismo con el análisis del Hombre de los lobos (1910-1914), iniciado en medio de su disputa con Jung. El paciente es partícipe de las especulaciones teóricas del análisis. Accede al pedido de Freud a confirmar la realidad de la escena primaria, aunque es sabido que después será víctima de un ataque de delirio paranoide. **(44)** Sólo mucho más tarde el paciente se preguntará: «¿La aparición de mi paranoia tuvo alguna relación con las preguntas que formulaba el profesor Freud?». Y añade: «¿Usted cree que esos lobos blancos eran mis padres, y el coito entre ellos, y que ésa es la causa de todo?».



Como lo señala Michel Schneider, el Hombre de los lobos acepta todas las interpretaciones de Freud (respecto de la fijación a los sirvientes, los temores de castración, la seducción por la hermana, etc.), salvo la referente a los lobos. ¿Es preciso por lo tanto, para conservar a Freud, que se identifique con esta construcción en la que tanto insiste aquél, pero que no es un recuerdo que le vuelve a la memoria?

Sabemos que Freud recurrió entonces a una imposición, fijando de manera autoritaria la fecha que pondría fin al análisis. Sin duda esto permite la aparición de material interesante que ejerce efectos de «cura». Sin embargo, como lo destaca Ruth M. Brunswick, (45) también da lugar a que el paciente (Serguei Pankejeff) «conservé dentro de sí un núcleo que más tarde desencadenaría su psicosis». Al precipitar la terminación del análisis, Freud contradice sus propios consejos. Con esta actitud, perturba la manera que tiene el obsesivo de introducir el tiempo muerto de su neurosis (46) para defenderse de la transferencia. Sin embargo, al impulsar el cambio, Freud abandona la posición de padre simbólico. De ahí en más, el paciente se aferra a un padre imaginario, acentuando el aspecto simbiótico del vínculo transferencial. Frente a la amenaza de separación (castración primaria), el paciente reacciona convirtiendo a Freud en una parte de sí mismo y conservándolo así para siempre.

Serguei Pankejeff brinda a Freud todo lo que éste desea saber acerca de la escena primaria, y le permite reunir el material para una publicación que habría de confundir a los disidentes. Se separan por lo tanto satisfechos, pero se engañan. Sabemos que posteriormente el Hombre de los lobos terminó por pertenecer a una institución psicoanalítica, que se hizo cargo financieramente de él hasta su muerte. El psicoanálisis se convirtió así en un compañero del que sólo se pudo separar muy poco antes de morir.

Con cada caso clínico que pone por escrito, Freud busca valorizar un planteo teórico, pero fracasa cuando el paciente pasa a ser centro de una disputa que sostiene con sus discípulos y cuando no toma la distancia necesaria respecto de las familias de las adolescentes.

Después de su último caso clínico, que data de 1920, Freud vuelve a los intereses de su adolescencia (los asuntos culturales) y da libre curso a la especulación. Su padecimientos físicos (cáncer) comienzan en 1923 y de ahí en adelante, según lo reconoce él mismo, su interés por los pacientes va disminuyendo. El profeta sucede al terapeuta.

La historia del movimiento psicoanalítico mostró después que el triunfo del psicoanálisis se logró a costa de la burocratización de sus instituciones. La preocupación por la organización institucional terminó por prevalecer sobre la creación e hizo que en determinado momento el análisis se estancara.

Fue necesario asimismo, como intentaremos mostrarlo en el capítulo siguiente, reconsiderar la definición misma del psicoanálisis y sus objetivos.



NOTAS

- (1) Véase Erik H. Erikson, *Insight and responsibility*, Norton, Nueva York, 1964, págs. 17-47.
- (2) Fliess publica en 1892 un libro sobre el tratamiento de la neurosis moral refleja, que entusiasma a Freud. Este utiliza la teoría de la bisexualidad en los Tres ensayos y en su explicación de la homosexualidad, pero la modifica al incorporar el concepto de pulsión parcial.
- (3) «Si logro resolver mi histeria, lo debo al recuerdo de aquella anciana que a tan tierna edad me dio razones para vivir y sobrevivir», carta a Fliess del 3 de octubre de 1897.
- (4) El «principio de constancia» opera como «principio de inercia»; ulteriormente, primero como «Principio de placer» y más tarde como «Principio del nirvana», se convertirá en uno de los principios reguladores del psicoanálisis («Lettres à Fliess» en *Naissance de la Psychanalyse*, pág. 120, nota). Hay versión castellana: «Cartas a Wilhelm Fliess. Manuscritos y notas de los años 1887 a 1902» en *Los orígenes del psicoanálisis, Obras Completas, vol. III, Biblioteca Nueva, Madrid*.
- (5) Véase Octave Mannoni, *Freud*, Seuil, pág. 58.
- (6) O. Mannoni, *ob. cit.*, pág. 58.
- (7) S. Freud, «Cartas a Fliess» del 2 de marzo de 1899, del 7 de julio de 1897 y del 14 de noviembre de 1897. Freud explica en ellas que su trabajo con los pacientes está ligado con sus propias dificultades. Además, Fliess por momentos se convierte en un obstáculo. Entonces Freud ya no puede escribir, pero no sabe el porqué. El autoanálisis es imposible. Si no fuera así, no habría enfermedad.
- (8) Desarrollado por Octave Mannoni en *Séminaire de Lacan* del 20 de enero de 1954 (no reimpresso por Jacques-Alain Miller en su transcripción de J. Lacan, *Le Séminaire, I, Les écrits techniques de Freud*, Seuil).
- (9) S. Freud, *La technique psychanalytique*, PUF, págs. 46, 114, 15, 4, 111. Hay versión castellana: *Técnica psicoanalítica, Obras completas, vol. II*.
- (10) S. Freud, «Le début du traitement», en *La technique psychanalytique*, PUF, pág. 99. Hay versión castellana: «La iniciación del tratamiento», en *Técnica psicoanalítica, ob. cit.*
- (11) S. Freud, *Analysis terminable and interminable*, 1937, S.E., vol. XXIII, pág. 225. Hay versión castellana:



«Análisis terminable e interminable», en *Obras inéditas de los años 1905 a 1937, Obras completas, vol. III.*

(12) S. Freud, «*Les voies nouvelles de la thérapeutique psychanalytique*», en *La technique psychanalytique*, PUF, pág. 134. Hay versión castellana: «*Los caminos nuevos de la terapia psicoanalítica*», en *Técnica psicoanalítica, ob. cit.*

(13) S. Freud, *Le clivage du moi dans les processus de défense*, 1938, S.E., XXIII, pág. 275; traducido en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, N° 2, Gallimard, 1970. Hay versión castellana: «*Escisión del "yo" en el proceso de defensa*», en *Esquema del psicoanálisis, Obras completas, vol. III.*

(14) Véase L. Lacan, «*Séminaire du 20.1.1954*», en *Le Séminaire, livre I, Les écrits techniques de Freud*, Seuil, 1975.

(15) Desarrollado por J. Lacan, en *Séminaire del 27 de enero de 1954.*

(16) S. Freud, *Cinq Psychanalyses*, PUF, págs. 325-420. Hay versión castellana: «*Historia de una neurosis infantil*», en *Historiales clínicos, Obras Completas, vol. II.*

(17) Desarrollado por J. Lacan, en *Séminaire del 27 de enero de 1954*; reimpresso en *Le Séminaire I, Les écrits techniques de Freud*, Seuil, pág. 47.

(18) «Véase J. Lacan, *Séminaire del 3 de febrero de 1954 sobre la Lettre à Fliess du 7.7.1897.*

(19) S. Freud, «*La dynamique du transfert*», en *Technique Psychanalytique*, PUF, págs. 50-60. Hay versión castellana: «*La dinámica de la transferencia*», en *Técnica psicoanalítica, Obras Completas, vol. II.* Reimpreso y comentado por J. Lacan, *Le Séminaire I, Seuil*, pág. 50.

(20) Véase J. Lacan, *Séminaire del 10 de febrero de 1954.*

(21) S. Freud, «*La dénégation - Die Verneinung*», S. E., XIX, págs. 233-239. Hay versión castellana: «*La negación*», en *Psicoanálisis aplicado, Obras Completas, vol. II, págs. 1134-1135.*

(22) Véase O. Mannoni, *Freud*, Seuil, pág. 160.

(23) Véase intervención de J. Hyppolite en *Séminaire de Lacan del 10 de febrero de 1954.*

(24) S. Freud, «*Lefétichisme*», 1927, en *La vie sexuelle*, PUF, págs. 133-138. Hay versión castellana:



«Fetichismo», en *Obras inéditas de los años 1905 a 1937, Obras Completas, vol. III*, págs. 505-509. Véase O. Mannoni, *ob. cit.*, pág. 161.

(25) Mark Kanzer, «New dimensions in human relationship», en *Freud and his patients*, Kanzer y Glenn, comps. Aronson, Nueva York, 1980.

(26) S. Freud, J. Breuer, *Etudes sur l'hystérie*, PUF, pág. 35. Hay versión castellana: *La histeria, Obras Completas, vol. 1*.

(27) Véase el capítulo I.

(28) S. Freud, «Sur la psychogénèse d'un cas d'homosexualité féminine», en *Névrose, Psychose et Perversion*, PUF, págs. 245-270. Hay versión castellana: «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina», en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis, Obras Completas, vol. I*, págs. 1004-1017.

(29) Desarrollado por O. Mannoni en «Le rêve et le transfert», en *Clefs pour l'Imaginaire*, Seuil, 1969.

(30) S. Freud, *S. E.*, XVIII, pág. 237.

(31) Véase S. Freud, *S. E.*, XVIII, pág. 242. 32. Véase S. Freud, *S. E.*, XVIII, pág. 247.

(33) «Desarrollado por O. Mannoni, en *Clefs pour l'Imaginaire*, Seuil, págs. 150-161.

(34) Véase S. Freud, *S. E.*, XVIII, pág. 250.

(35) Dora entra en análisis (por una serie de síntomas histéricos: tos nerviosa, afonía, depresión, hastío de vivir) por intermediación de su padre. Éste le pide a Freud que «devuelva a su hija a la cordura». La intención es que Freud la induzca a aceptar la idea de que entre la señora K. y el padre de Dora «no hay más que una amistad», ignorando así la relación amorosa de ambos. Dora asume como propia esta relación del padre, poniendo a Freud por testigo de la situación imposible que enfrenta: el señor K. trata de seducirla desde que ella tenía catorce años. Freud se esfuerza por que la paciente reconozca la participación que le cabe en el desorden que la rodea. No logra hacerse entender, porque se empeña en que Dora admita que el señor K. no le es indiferente. Por otra parte, le formula interpretaciones prematuras sobre el significado masturbatorio de algunos de sus síntomas. Después de estas interpretaciones, Dora trae su primer sueño (la



casa se incendia y ella huye con el padre), que en realidad es la repetición del sueño que tiene desde los dieciséis años (cuando frenaba los avances del señor K.). Freud interpreta la huida con (hacia) el padre como una manifestación de amor por el señor K. No comprende aún que Dora se siente ligada a la señora K. (cuyos secretos comparte). A través de ella Dora trata de plantear sus interrogantes sobre la feminidad. El segundo sueño gira en torno de la muerte del padre. Dora penetra en un bosque. Un hombre le dice: «quedan dos horas y media» y le propone acompañarla. Dora se niega y sigue sola.

Las asociaciones de la paciente (que dos semanas y media antes había anunciado a Freud su decisión de interrumpir el análisis) ponen de manifiesto sus propósitos de venganza, tanto contra Freud como contra el señor K. De este segundo sueño, Freud sólo rescata la idea de venganza. Sin embargo, Dora (como toda adolescente) busca apasionadamente la verdad; más aún, se plantea una interrogación existencial (a través de la señora K): ¿qué significa ser mujer?

(S. Freud, Cinq Psychanalyses, PUF, págs. 46 y 69-70. Hay versión castellana: Historiales clínicos, Obras Completas, vol. II. Véanse también los Séminaires de Lacan de fechas 9, 16 y 23 de enero de 1957.)

(36) Véase Gregorio Kohon, «Reflections on Dora», *Int. J. of Psychoanalysis*. 65 1, págs. 73-85, 1984.

(37) Felix Deutsch, *On the mysterious leap from the mind to the body*, International Universities Press, Nueva York, 1959, págs. 49-58.

(38) Véase Mark Kanzer, *Freud and his patients*, Kanzer y Glenn, comps., Aronson, Nueva York, 1980, pág. 422.

(39) Citado por E. Jones, *La Vie et l'Oeuvre de Freud*, PUF, vol. II, pág. 87.

(40) S. Freud, «Formulations sur les deux principes du cours des événements psychiques», en *Résultats, idées, problèmes*, PUF, pág. 142 (retraducción de la autora). Hay versión castellana: «Los dos principios del suceder psíquico», en *Ensayos, Obras Completas*, vol. II.

(41) *Esta joven de dieciocho años desea tener relaciones con una mujer (de vida ligera) heterosexual, pero también homosexual. Ésta la rechaza. Un día, el padre encuentra a la joven con esta mujer y se enfurece. La joven se arroja desde un puente a las vías del ferrocarril. Más tarde confiesa que la mujer, inquieta por la actitud del padre, le había pedido interrumpir la relación. Por último, los padres acuden con la paciente a Freud. Si bien ésta no desea ser «curada» de su homosexualidad, inicia el análisis «por sus padres». Es dócil y se interesa en el análisis en un nivel puramente intelectual, mientras que emocionalmente no se siente participe de la experiencia. Este aislamiento y la hostilidad latente de la joven inducen a Freud a interrumpir el tratamiento.*

La anamnesis contiene datos interesantes. La paciente es muy apegada al hermano mayor. Las preferencias



de la madre se orientan hacia los tres hijos varones, antes que a ella. En la escuela se había enamorado de una maestra, sustituto materno. A los catorce años había tomado profundo afecto por un pequeño de dos, al que atendía devotamente. A los dieciséis años, en el momento del embarazo de la madre y del ulterior nacimiento de un hermano, se refirmó su interés por las mujeres. La joven, agresiva contra su padre, lo desafió paseándose con su compañera casi bajo las ventanas de aquél. En el análisis, relata una serie de sueños (anuncio de un matrimonio, espera de un hijo) que Freud rechaza por considerarlos mentiras. Según él, se trata de la reproducción en la transferencia del juego de contraengaño de la paciente con su padre. Se pregunta: ¿si el inconsciente miente, de quién fiarse?

(42) Véase Juliet Mitchel y Jacqueline Rose, *Feminine Sexuality*, MacMillan Press, Londres, 1983.

(43) *La idea del Edipo (ausente en los Tres Ensayos) hace pensar en una sexualidad normal. Pero en 1915 Freud agregará el concepto de castración y en 1924 lo utilizará como punto de partida de su estudio sobre la resolución del Edipo. En «Le clivage du moi dans le processus de défense» (Nouvelle Revue de Psychanalyse, Nº 2, 1970, págs. 25-28. Hay versión castellana: «Escisión del yo en el proceso de defensa», en Esquema del psicoanálisis, Obras Completas, vol. III, págs. 389-391), retoma las implicaciones del complejo de castración en el desarrollo del sujeto. Muestra que algo se pierde para siempre en todo esfuerzo por lograr satisfacción y, por otra parte, que la ideología rige toda búsqueda de la sensación de unidad interna que consolida la identidad sexual.*

(44) Véase Karin Obholzer, *Entretiens avec l'Homme aux loups*, prefacio de Michel Schneider, Gallimard, 1981.

(45) *L'Homme aux loups par ses psychanalystes et par lui-même*, Gallimard, 1981.

(46) Véase Serge Leclair, «A propos del l'episode psychotyque qui present l'Homme aux loups», en *La Psychanalyse*, Nº 4, PUF.

Jose Luis de la Mata